

Jornada de l'Aula de psicoanàlisi

“L'actualitat de la psicoanàlisi”

15/06/2024

“Duelo y psicoanálisis. El estatuto de la falta”.

Ernest Güell

La muerte es la más absoluta de las pérdidas. Una muerte invoca un duelo. Este duelo es una pregunta: ¿y ahora qué? La misma cuestión puede plantearse cuando alguien acude a un psicoanalista: ¿y ahora qué? Uno llega a un psicoanálisis afectado, con algún tipo de pérdida, con un duelo inacabado; uno llega dolido, de luto. La persona tiene un problema, y no tiene (no encuentra, le falta) ni en ella misma, ni en quién le rodea, los recursos para solucionarlo. El análisis será el trabajo de duelo necesario para acceder a las condiciones para una potencial y singular solución. Sin embargo, más allá de estos duelos menores que llevarían a un análisis resuena (y eso es lo que trataré de transmitir hoy) la emergencia de un duelo esencial, que es el objeto principal de un análisis.

[...] el trabajo del duelo se presenta en primer término como una satisfacción dada al desorden que se produce en razón de la insuficiencia de todos los elementos significantes para hacer frente al agujero creado en la existencia, por la puesta en juego total de todo el sistema significativo alrededor del más mínimo duelo. [Lacan. Seminario VI. El deseo y su interpretación. Sesión 18 (22/04/1959)]

No hablaré hoy, aquí, de la fenomenología del duelo: tienen ustedes la poética de incontables textos, ensayos, de cine y de teatro.

“En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío” [Freud. “Duelo y melancolía”].

Tampoco hablaré hoy aquí de la terapia del duelo: es muy extensa también la bibliografía psicoterapéutica; aunque, un apunte, psicología puesta al servicio de la paliación de la angustia, pero no del doliente, sino de la persona del terapeuta, que se ve enfrentada al abismo existencial y estructural que representa un ser humano en duelo.

Quisiera, antes de continuar en la falta y el duelo esencial del que hablaba, retroceder un poco y hacernos una pregunta: ¿qué es el duelo? Escuchemos como lo definía Freud en “Duelo y melancolía”:

“El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”. [...]

En este texto Freud planteaba la cuestión de un objeto sustitutivo que hiciera las veces del objeto perdido. “Tienes que distraerte! – podemos escuchar hoy en la calle – Tienes que hacer cosas que te distraigan!”. Jean Laplanche, en una revisión de otro texto de Freud (“Tres ensayos para una teoría sexual”) señala la imposibilidad de esta sustitución, y nos remite a la primera infancia:

“Muy pronto, la necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad nutricia. [...] De ahí, evidentemente, la imposibilidad de recuperar jamás el objeto, ya que el objeto que se ha perdido no es el mismo que se trata de reencontrar. Este es el resorte de la ‘trampa’ esencial que se sitúa en el punto de partida de la búsqueda sexual”.

Mi hipótesis es que el duelo es algo que empieza “antes”; antes de la extinción física por la muerte. También que el duelo se extiende a todo aquello de puede hacer metáfora de la muerte; es decir, cualquier fenómeno vivido subjetivamente como una pérdida (unas llaves, un móvil, una cartera): un ideal, una ilusión, una promesa. Aquello esperado, deseado y convocado no acude a la cita. Conceptualizo el duelo como algo esencial, iniciático, nuclear, fundamental y estructural. ¡Diré que el duelo es (subrayo) antes que cualquier pérdida! No es que la falta devenga como fenómeno; la falta es estructural. El humano es un ser que nace falto, su estructura está constituida mancada. Y es precisamente ese su trauma, tal como nos dice Lacan en el Seminario X de “La angustia”:

“Está ahí el rasgo esencial por el que el ser vivo, humano, que emerge a este mundo en el que debe respirar, está primeramente asfixiado, sofocado por lo que se ha llamado el trauma –no hay otro-, el trauma del nacimiento, que no es separación de la madre, sino aspiración en sí de ese medio fundamentalmente otro”. (Lacan. Seminario X. La angustia. 25, 03.07.1963).

¿Cuál es este medio fundamentalmente otro? No es solamente el del aire que aspira, sino que es necesario leerlo en clave estructural. Lo que se aspira es el código con el que el ser vivo, sujeto en potencia, se leerá a sí mismo y leerá el mundo. El código es el lenguaje, que no está en él, que le vendrá dado por un otro, y que constituirá la posibilidad de entrada a los registros simbólicos e imaginario. A partir de aquí, por ejemplo, cabe la posibilidad de un Einstein, y de la teoría de la relatividad. Para entender esto adecuadamente es preciso que salgamos del esquema que nos propone el realismo, y adentrarnos en el mundo de la representación. ¿Qué quiero decir? La manzana que le cae a Newton, no cae por la Ley de la Gravedad, porque la Ley de la Gravedad no existe; o, dicho de otro modo, solamente existe en el simbólico y el imaginario de un ser humano que la ha ideado para explicarse el mundo a sus ojos. Por tanto, es indispensable entender que “lo que tu ves es lo que tu ves, es tu imagen, no lo que es”. Cada uno está en su mundo: ya tenéis los ingredientes de una discusión de pareja cualquiera.

Vuelvo a la falta. La falta originaria es la que causa mi movimiento. Es porqué estoy en falta que soy propulsado a la búsqueda de algo (en psicoanálisis hablamos de “un objeto”) que pueda satisfacer el deseo naciente. En un poético y muy antiguo diálogo, “El banquete” podemos leer como Platón articula esta falta con el deseo:

“- ¿Eros, desea y ama lo que desea y ama cuando lo posee o cuando no lo posee? Desea lo que le falta, y no lo desea si no le falta. Tanto este como cualquier otro que tenga deseos, desea aquello que no está a su disposición y no está presente, aquello que no posee, aquello que no es y le falta: son estas, más o menos, las cosas alrededor de las cuales hay deseo y amor”.

De modo más contundente se expresa Schopenhauer en “Metafísica del amor y la muerte”:

El egoísmo tiene en cada hombre raíces tan hondas, que los motivos egoístas son los únicos con que puede contarse de seguro para excitar la actividad de un ser individual.

Con diferentes palabras, pero una misma idea de fondo, habla Lacan del “autoerotismo”:

[...] Y es a eso que responde el verdadero sentido, el sentido más profundo a dar al término de "autoerotismo": es que uno carece de sí, [...]. No es del mundo exterior que uno carece, como se lo expresa impropiaemente, es de sí mismo.

Una falta esencial precisará de un duelo fundamental. De tal modo que, repito, tal y como empezaba hoy, la clínica psicoanalítica podría ser considerada a partir de la función del duelo. Pero no de cualquier duelo, sino de este duelo esencial que trato de transmitir y de describir, y que es un duelo irreductible al significante. Quiere decir que estamos ante una falta radical, radical en la constitución misma de nuestra subjetividad y que precisa de un duelo que denominaremos duelo fálico. Jean Allouch, en su libro “Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca” reflexiona sobre el objeto y el deseo, y escribe:

Si ése es también el estatuto del objeto en el deseo, la función del duelo apunta mucho más allá de su marco habitual. Existe un duelo esencial, implicado en el deseo mismo, convocado desde el momento en que un sujeto desea un objeto que, como real objeto del deseo, no puede ser sino un objeto imposible.

Conviene aclarar la dimensión de objeto imposible; imposible en tanto a objeto que venga a satisfacer de forma total y única nuestro deseo. O, dicho de otro modo, objeto que, aunque es el vehículo necesario que permite la consecución de una determinada cantidad de satisfacción, a su vez, como si se tratará de un caballo de Troya, lleva adherida también una limitación de goce, una no despreciable cantidad de insatisfacción, de dis-gusto. Por lo tanto, es necesario realizar el duelo fálico de este objeto imposible. Hacer el duelo fálico es poder soportar el agujero que comporta lo que llamamos objeto a causa de deseo y condición de goce. Este agujero será el que podrá ser parcialmente rellenado con los objetos de deseo. ¡Olvidémonos de la media naranja! Ya lo intuíamos, ¿verdad? Podrá haber satisfacción real, consistente, pero limitada.

Ahora camino algo, un paso que nos llevará un poco más allá, pero también algo más aquí; porque no se trata de hablar solamente de una limitación situada topológicamente en un objeto exterior. Existe también una limitación interior: en realidad, hay un acceso parcial a la comunicación con uno mismo, un desconocimiento parcial también de aquello que uno desea y de por qué lo desea (tal y ‘como’ si fuera un otro interior quien lo deseara). Esta interioridad y exterioridad están embrolladas; la una no es sin la otra, se articulan, de tal modo que podemos hablar de una interioridad exterior, y de una exterioridad interior.

Toda esta problemática es la que está vinculada a lo que podemos llamar la construcción del objeto de deseo. Porque es una construcción. No está dada de entrada. Precisamente el psicoanálisis plantea con precisión la problemática ligada a la construcción del objeto libidinal, y le reconoce un lugar particular al deseo. Escuchemos, y con esto termino, como lo dice Lacan:

El significante que falta en el nivel del Otro [...] ese es el gran secreto del psicoanálisis [...] que: no hay Otro del Otro. [...] No hay en el Otro ningún significante que pueda responder ocasionalmente por lo que soy. [...] esa verdad sin esperanza [...] esa verdad que encontramos en el inconsciente es una verdad

sin figura, es una verdad cerrada, [...] es una verdad sin verdad” ... es lo [...] que de alguna manera constituye para el sujeto la distancia que puede mantener entre las dos líneas para respirar durante el tiempo que le quede por vivir, y eso es lo que llamamos el deseo.

¿Cuáles son estas dos líneas? Esta es ya una cuestión para ser trabajada en otro momento.